

diesen la lengua del país. Que en los intérpretes había poca seguridad, y que por eso mismo había hecho Enríquez tanto fruto, porque poseía el idioma de los indígenas (1). Enríquez es también quien compuso la primera gramática del tamil, que de buena gana hubiese hecho imprimir para uso de los misioneros (2).

El mayor impedimento para los progresos de las misiones lo formaban los funcionarios portugueses. Ya Javier había escrito a Rodríguez a Portugal, que nunca consintiese, que ninguno de sus amigos fuese a la India con cargos y oficios del rey; que por buenos que algunos fuesen en su tierra, aquí todos venían a dar en el ancho cauce de la falta de honradez (3). Una colocación en la India era considerada como recompensa por servicios prestados y como medio cómodo de enriquecerse; de las tribus que se habían sometido a la vez al cristianismo y a la corona de Portugal, se sacaba toda la utilidad posible sin ningún género de miramiento. En 1555 escribe un misionero de la costa de la Pesquería (4), que se había dado el caso, de que un empleado público con un sueldo de 2000 ó 3000 ducados, en el espacio de uno o dos años había acumulado de 100000 a 200000 ducados de las rentas reales y esquilmando a los pobres pescadores de perlas. Esta gente era enemiga de los misioneros, por ser éstos los naturales protectores de los pobres, no les pagaba lo que el rey les había asignado y creaba impedimentos donde podía (5). También Lancilotti participa respecto de la costa de la Pesquería, que apenas se podía describir el daño que causaban los empleados públicos; que lo que habían conseguido los misioneros en muchos años, era arruinado en pocos meses por su codicia; y que había peligro de que todos los 7000 cristianos de la costa de la Pesquería apostatasen (6). Por esto S. Francisco Javier escribía a Juan III, que «huía» al Japón, para no perder su tiempo en la India; y que era un «martirio» tener que ver cómo todo era destruído, lo que con tan gran trabajo se había edificado (7). También Enríquez era de persuasión, de que bajo un buen funcionario, un solo sacerdote podía

- (1) Carta de 29 de octubre de 1552: Sel. Ind. epist., 140.
- (2) José Dahlmann, La lingüística y las misiones, 10.
- (3) Mon. Xav., I, 375.
- (4) Como puede verse en Polanco, V, 671 s.
- (5) Ibid., 650, 674.
- (6) Ibid., 679. Sel. Ind. epist., 199-200.
- (7) Carta escrita desde Cochín el 26 de enero de 1549: Mon. Xav., I, 510.

hacer más por la conversión de los indios, que veinte bajo uno malo (1).

La inmoralidad de los portugueses apenas fué menor obstáculo para la propagación del cristianismo que su codicia. Desde Santo Tomé, por ejemplo, escribe Alfonso Ciprián, que allí las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, se portaban de tal modo, que eran escándalo para los indígenas; que como los europeos vivían tan mal, los nuevamente convertidos apostataban; y que otros no querían recibir el bautismo, porque veían la vida viciosa de los cristianos (2). La ciudad de Sto. Tomé, como situada en los extremos confines de los dominios portugueses, era ciertamente el último refugio para todos los que estaban cansados de pelear y hacer vida de soldado en otras partes de la India. Pero también se oyen semejantes quejas de lo restante de la India (3). Favorecía singularmente a la inmoralidad la facilidad que había en la India de proveerse de esclavos (4). Algunos ricos portugueses poseían 300 y más (5). Así era a varios posible hacerse formales harenes de veinte y más esclavas (6).

Añadíase también a todo esto la penetración del islam en el sur de Asia. En él se levantó a los misioneros no solamente un poderoso competidor, de cuyos progresos se quejan con frecuencia los jesuitas (7), sino también un enemigo peligroso. En una solicitud dirigida al rey Juan III, refieren los misioneros en 1554, que en Travancor los árabes habían hecho apostatar a dos pueblos cristianos, determinando con dinero al rey de aquella región a prohibir a los sacerdotes cristianos el predicar y edificar iglesias (8). Especialmente en las Malucas, donde los naturales abrazaron con gran ardor el cristianismo, tuvieron que padecer mucho los recién convertidos de ladrones sarracenos. Muchos cristianos fueron asesinados o robados, otros vendidos o hundidos en el mar

- (1) Polanco, VI, 800, n. 3429.
- (2) Polanco, V, 683.
- (3) Valignani, Historia del principio y progreso de la Compañía de Jesús en las Indias orientales, I, 7 (Mon. Xav., I, 39).
- (4) Polanco, II, 147, n. 345.
- (5) Ibid., V, 658, n. 1810.
- (6) Ibid., II, 147, n. 345.
- (7) Lancilotti en Polanco, V, 678, n. 1876. F. Pérez en las Sel. Ind. epist., 75.
- (8) Sel. Ind. epist., 198.

si no se hallaba comprador, y varios pueblos cristianos reducidos a ceniza (1).

Como hacia la India Oriental, así también hacia *Abisinia* se adelantaron los jesuitas como vanguardia de la Santa Sede. La esperanza de poder unir de nuevo la Iglesia abisinia con la romana había brillado en tiempo de Paulo III (2), y continuó también en el pontificado de Julio III. Como antes, así también ahora se sirvió la Santa Sede de la mediación de Portugal. A principios de 1555 creyó el Papa poder dar un paso decisivo: a causa de la gran distancia de aquella tierra, nombró en 23 de enero tres obispos a la vez, que tomó solamente de la Compañía de Jesús; de éstos designó a Núñez Barreto para patriarca, y a los padres Andrés de Oviedo y Melchor Carnero para obispos auxiliares con derecho de sucesión (3). El Papa podía esperar el buen suceso de esta tentativa tanto más, cuanto que en 1553 le había salido bien la unión de los nestorianos de Mesopotamia (4).

(1) Polanco, IV, 668.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 91.

(3) V. Acta consist. en Raynald, 1555, n. 10; cf. *ibid.*, 1554, n. 25 ss.; Beccari, X, 39 ss.; Mon. Ign. Ser. 1, VIII, 460 ss. La partida de los tres obispos se difirió por la muerte de Julio III; después se llevaron consigo una carta de Paulo IV, de 10 de marzo de 1556, para el Negus Claudio (v. Beccari, X, 52 s.). Las instrucciones de S. Ignacio se hallan en los Mon. Ign. Ser. 1, VIII, 676 ss. El nuevo patriarca envió delante desde Goa al jesuita Gonzalo Rodríguez, quien mientras tanto tropezó con inopinadas dificultades (v. su carta de 13 de septiembre de 1556 en Beccari, V, 358 ss.). Cuando Oviedo llegó finalmente a Abisinia por la primavera de 1557, a consecuencia de la disposición de ánimo del Negus Asnaf Sagad, nada pudo efectuar en favor de la unión. El Negus Adamas Sagad, que en 1559 sucedió en el reino, prohibió la predicación de la religión católica, y puso preso al obispo. Después de su muerte (1563) fué Oviedo puesto en libertad; dedicóse al cuidado espiritual de los portugueses que estaban presos en Abisinia, y en las más difíciles circunstancias perseveró allí hasta su muerte, acaecida en 1577 (v. Beccari, X, 196 s., 209 s.; Astrain, II, 389), aunque S. Pío V, en 5 de febrero de 1566, le había permitido ir al Japón como obispo; v. Beccari, V, 424 s.

(4) Sobre el viaje a Roma del electo Católico Sulaca y la fundación del patriarcado caldeo-unido de Mossul, además de Raynald, 1553, n. 42 ss., cf. las relaciones de las revistas Bessarione 1898 y 1901, y Oriens christianus 1906, 261 ss. En ambas memorias se ha pasado por alto la relación portuguesa del Corpo dipl. Port., VII, 311 s. Cf. también la \*Relatio eorum quae gesserunt nuntii missi a Julio III in partibus Orientis, que se halla en el Cod. Vat. 3933, p. 73-75 de la *Biblioteca Vaticana*. El patriarca de Armenia había estado en Roma en 1550; v. \*Passus pro Stephano patriarcha Armen cathol. Roma revertente, fechado el 23 de abril de 1550, en el Arm. 41, t. LV, n. 345; *ibid.* n. 363: \*Imperatorii (recomendación del patriarca de Armenia, que vuelve a su patria, con fecha de 25 de abril de 1550); t. LXIV, n. 355: \*Pasaporte

Qué esperanzas puso Julio III en los jesuitas para la conversión del Oriente, vese muy claro por el hecho de que por una bula de 6 de octubre de 1553, les dió licencia para fundar tres colegios, uno en Jerusalén, otro en Chipre y un tercero en Constantinopla (1). Estas fundaciones, que hubiesen podido ser de grandísima importancia, no llegaron a efecto. En cambio, vió Julio III los comienzos de la Misión del remoto *Japón*. A este Imperio insular, esmaltado de campos de incomparable belleza, envió entonces la Providencia a un varón, que pertenece al número de los más heroicos campeones de la religión de la cruz.

Abrasado de ardiente celo por la propagación de la doctrina de Cristo, el apóstol de la India, S. Francisco Javier, había partido para el Japón el último año del pontificado del Papa Farnese, donde el 15 de agosto desembarcó en Kagoschima (2). En 5 de noviembre de 1549 compendió sus primeras impresiones y experiencias en este aviso que dirigió a sus hermanos de religión: «Los mayores trabajos que hasta ahora habéis sufrido, son pequeños en comparación de aquellos en que os habéis de ver en el Japón. Disponeos para mucho, apartando de vosotros todo respeto a los propios intereses» (3).

Realmente se veía el europeo en el Japón como trasladado a un mundo nuevo. Todas las costumbres, usos y formas de cortesía eran diferentes, la lengua difícil y la alimentación escasa e insólita. Hay que volver a hacerse niño en el Japón, escribía más tarde un misionero, y aprender de nuevo a hablar, a sentarse, a andar y a comer (4). En vez del respeto que los portugueses mostraban al sacerdote, hallaban aquí los misioneros todo lo contrario; pues a pesar de la exquisita cortesía que usaban entre sí, tenían los japoneses para el extranjero sólo desprecio, particularmente si se presentaba con un pobre exterior, como los mensajeros de la fe.

para el armenio Messichi, que vino de Táuride a Roma, permaneció allí y ahora quiere proseguir su viaje, con fecha de 24 de mayo de 1552. Notable es también la \*\*carta doctrinal de Julio III a Ignacio, patriarca de Antioquía (cf. Ciaconius, III, 747), de 26 de mayo de 1553, loc. cit., t. LXVIII, n. 385.

(1) V. esta bula en los Etudes LXX (1897), 75 ss., de la que sólo se conserva un ejemplar, que se halla en la *Bibl. Rossiana de Viena*.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 97 s.

(3) Mon. Xav., I, 584-585.

(4) Valignani en los Mon. Xav., I, 110.

También las relaciones políticas ofrecían muchas dificultades para la difusión del cristianismo. Reinaba en la nación casi entera anarquía. De nombre estaba el Japón bajo el señorío del emperador y su lugarteniente, el Schogun, pero ambos a dos carecían realmente de fuerza y autoridad (1). El poder propiamente dicho se hallaba en las manos de más de sesenta príncipes parciales, los Daimios, que tenían entre sí constantes guerras civiles. Notable influjo político, quizá el mayor de la nación, poseían los monasterios de los bonzos budistas, bien organizados y provistos abundantemente de armas; y ya Javier comprendió desde el principio, que éstos perseguirían muy pronto al cristianismo «no solamente con palabras» (2).

Resultó favorable para los misioneros el que los Daimios deseasen atraer a sus puertos naves mercantes portuguesas, y esperasen conseguir esto favoreciendo a los mensajeros de la fe. Fué además de gran ayuda para la propagación del cristianismo la falta de un solo gobierno central y de una sola religión. La forma dominante del culto divino era el budismo, que estaba dividido en unas seis sectas, que se hacían la guerra mutuamente (3). Pero más que todas estas razones, llenaban a Javier de alegre esperanza el vivo interés religioso de los japoneses, y su índole y condición, que se dejaba determinar por motivos racionales. «Si Dios Nuestro Señor, escribía (4), nos diere diez años de vida, veremos en estas partes grandes cosas.»

Luego después de su llegada a Kagoschima, comenzó Javier con ayuda de su compañero Pablo Anjiro, a componer en lengua japonesa un compendio de la doctrina cristiana. Pero como Anjiro no dominaba bastante dicha lengua, resultó insuficiente el trabajo, de modo que los cultos japoneses se reían de él (5). Tampoco faltaron burlas e irrisiones, cuando S. Francisco, después de algún tiempo, comenzó en pública calle a leer y explicar su

(1) Sobre las condiciones políticas pueden verse más pormenores en James Murdoch (in collaboration with Isoh Yamagata), *A History of Japan during the century of early foreign intercourse (1542-1651)*, Kobe (Japón) 1903, 15-17; H. Haas, *Historia del cristianismo en el Japón*, I, Tokio, 1902, 96-105.

(2) Mon. Xav., I, 594.

(3) Haas, I, 122 ss.

(4) Mon. Xav., I, 599.

(5) Este es el juicio de los misioneros posteriores, según se dice en la *Historia de Valignani* (Mon. Xav., I, 119).

librito. Sin embargo, todo el porte del misionero, el pensamiento de que había venido desde tan lejos sólo para atender a la salvación de las almas de un pueblo extranjero, y la alteza de la doctrina, que se traslucía aun por entre el lenguaje menos propio, hacía poco a poco en muchos gran impresión. Al cabo de un año se contaban en Kagoschima unos 100 cristianos; la afluencia de los que acudían a los misioneros era tan grande, que los bonzos alcanzaron del Daimio, que prohibiese más mudanzas de religión. S. Francisco se trasladó a Hirado, isla situada al oeste de Kiuschiu, adonde habían aportado naves portuguesas (1). Después de brillantes principios, que prometían mucho fruto, dejó con todo esta misión a su compañero Cosme de Torres, encaminándose él mismo a Nipón, la mayor de las islas japonesas.

Desde el principio había sido el plan de Javier adelantarse hasta la capital de la nación, Meaco, la actual Kioto, y hasta el palacio del emperador, a fin de conseguir de él licencia para predicar. Después de su expulsión de Kagoschima, no quiso diferir por más tiempo la ejecución de este proyecto. A principios de octubre de 1550 partió de Hirado, se detuvo por largo tiempo en Yamaguchi en Nipón, de allí pasó adelante a mediados de diciembre hasta Meaco, y por febrero salió de esta ciudad para volverse a Hirado. En la dura estación del invierno, con vestido insuficiente y a menudo descalzo, llevó al cabo un viaje sumamente trabajoso por el país cubierto de nieve, en compañía del hermano lego Fernández. Con frecuencia se hundían los viajeros en la nieve hasta las rodillas en los malos caminos, y no raras veces tenían que vadear ríos frigidísimos con el agua hasta la cintura. Mirados con extrañeza y mofados en los pueblos por la multitud que afluía a verlos, y apedreados por los muchachos, por la noche no hallaban los misioneros en las posadas sino una estera y una almohada japonesa de madera, dado caso que se recibiese en ellas generalmente a caminantes tan pobremente vestidos y equipados.

Demás de eso, este viaje tan dificultoso quedó en lo principal casi sin ningún buen éxito. En Yamaguchi pudo ciertamente San Francisco hasta leer y explicar al Daimio por espacio de una hora algo de su libro; pero nadie se convirtió. En Meaco, a causa de

(1) Lo que se cuenta que dijo S. Javier, que entonces ni él ni su compañero Juan Fernández entendían el japonés, estriba en una mala inteligencia v. Kneller en la *Revista de Teología católica*, XXXV (1911), 581 ss.

la guerra que allí reinaba, nada absolutamente fué posible efectuar; sólo había podido conseguir Javier una audiencia con el emperador, porque no conocía bastante todavía el estado del Japón (1).

Con todo eso sacó Javier de su viaje algunos importantes conocimientos. Sabía ahora, que el emperador era una pura sombra, que no podía competir en poder efectivo con el Daimio de Yamaguchi. Había además conocido por experiencia, que la pobreza e indigencia de su porte exterior era un impedimento para la propagación del Evangelio. Resolvióse por tanto a presentarse mejor vestido, y a ofrecer los presentes que había traído consigo de la India para el emperador, al señor de Yamaguchi, Ouchi Yoschitaka. Javier halló en éste amistosa acogida, y recibió como regalo recíproco una antigua casa de bonzos con el permiso de anunciar libremente el Evangelio (2). La predicación no resultó ahora infructuosa; en cinco o seis meses se contaron de 500 a 600 bautizados. La conquista más importante de Javier fué aquí un músico medio ciego, que bautizado con el nombre de Lorenzo, y admitido más tarde en la Compañía de Jesús como hermano lego, ganó para el cristianismo en numerosos sermones y disputas millares de japoneses, y entre ellos varios Daimios.

Aun mucho más favorables perspectivas abrió a los mensajeros de la fe el Daimio de Bungo, Otomo Yoschischige, quien llamó a S. Francisco a su palacio de Funai y prometió toda clase de apoyo a los misioneros.

Entre tanto las cosas de la India habían tomado tal aspecto, que se había hecho allí necesaria la presencia personal de Javier (3). Por tanto, en noviembre de 1551 volvióse a Goa con el intento de agenciar la entrada del cristianismo aun en la *China*, tan pronto como se hubiesen compuesto las revueltas que se habían suscitado en la India.

(1) Conócense las particularidades de este viaje por el compañero de S. Francisco Javier, el H.º coadjutor Fernández, de cuya boca las anotaron L. Froes y otros. Cf. Cros, II, 99-125.

(2) Mandou pelas ruas da cidade *poor scriptos* em seu nome, que ele folgava que a ley de Deus se prégase em suas terras, e que ele daua licença que os que a quisesem tomar a tomasem. Mon. Xav., I, 683.

(3) Cf. Cros, II, 179-190. Que Javier no se fué del Japón porque desesperase de ganar aquella región para el cristianismo, lo muestra extensamente, contra la mayor parte de los escritores protestantes, H. Haas, loc. cit., II, Tokio, 1904, 1-12.

Ya hacía tiempo que estaba persuadido Javier de que ante todo se había de ganar dicho Imperio, el mayor y más célebre del Oriente, si el cristianismo había de tener estable asiento en Asia. También por eso especialmente había querido presentarse al emperador en Meaco, para alcanzar de él un pasaporte para la China (1). De la reputación de que gozaba en el Asia oriental la sabiduría y ciencia china, pudo convencerse particularmente también en sus disputas con los japoneses, pues con frecuencia le oponían la objeción, de que cómo podía contener verdad la doctrina cristiana, siendo desconocida de los chinos (2). Pero por otra parte conocía también S. Francisco sobradamente la dificultad de su empresa. Se había prohibido con extremado rigor a los extranjeros pisar el suelo chino; hasta los portugueses, que sólo por naufragio habían sido echados a la costa china, tenían que sufrir por largos años cadenas y prisiones, y el castigo de palos impuesto sin miramiento alguno por los mandarines, podía fácilmente costar la vida. Pero todo esto no desviaba a Javier de su propósito. Al principio había esperado poder penetrar en la China, como compañero de un embajador portugués, su amigo Pereira. Pero este plan se estrelló en la resistencia del gobernador de Malaca, Alvaro de Ataide, quien, so pretexto de necesitar a Pereira en un asedio de Malaca que se temía, retuvo a éste en la ciudad.

Así pues, resolvióse Javier a ejecutar solo su proyecto, y en caso dado a sufrir el rigor de las leyes chinas. Húbole de parecer, que en vida de Alvaro no le quedaba otro medio (3). «Parto a las islas de Cantón, escribía (4), desprovisto de todo favor humano, con esperanza de que algún fiero gentil me lleve a tierra firme de China.»

En las islas de Cantón, esto es, en la isla roqueña de Sanchóan (Sancián, Chang-Tschouen), acostumbraban detenerse a menudo por algunos meses varios buques portugueses, para aportar en dicha ciudad en ocasión favorable y comerciar ocultamente con los chinos de Cantón. La isla misma era desierta, y durante los días de su permanencia habitaban allí los portugueses en chozas

(1) Mon. Xav., I, 599; cf. 644.

(2) Ibid., 684.

(3) Si hubiese yo de volver a la India, escribí en 22 de octubre de 1552, não vou com esperança que em tempo de D. Alvaro de Gama se fará couza n' a China, de que fique memoria. Mon. Xav., I, 791.

(4) Desde Singapur en 21 de julio de 1552: Mon. Xav. I, 767.